



horizonte y contemplado al cielo. Fueron, por decirlo así, los intérpretes de estos astros, cuyas más visibles leyes pudieron pronto reconocer. Poco hábiles para forjarse sistemas, habían, sin embargo, anotado y registrado con toda la exactitud los hechos que más les admiraban, fuera por su vuelta periódica, ó por su aparente irregularidad. En su ciencia primitiva, sencilla y fiel, habían reunido con cuidado una larga serie de exactas observaciones. Su ciencia, tal como en sí era (1), servía para distinguir al hombre vulgar del hombre sabio, que conocía la marcha de las estrellas, regulaba (basta mal por cierto) el curso de los años, y precedía los eclipses de sol y de luna y las apariciones de cometas desconocidos. Creyeron que aquellos hombres, que siempre estaban en relaciones con las inteligencias celestiales, debían gozar de un favor especial. Desde entonces, llenos de respeto y temor, explotaron los sabios tan favorables disposiciones, y como que todo tendía á dividirse en clases, se separaron de la multitud, la que se creyó muy dichosa en colmarles de prerogativas, asignándoles tributos y tierras. Por último, formaron una casta privilegiada, que concentró en sus manos todos los conocimientos, es decir, las tradiciones y observaciones antiguas, de que no hicieron uso para su gloria y provecho.

Veamos ahora la casta sacerdotal de los caldeos, ó más bien de los arameos, que se constituye con sus bienes y dotaciones, sus derechos y privilegios, y su jefe nombrado por el rey. Se organizaba y se dividía en secciones. Así, entre estos miembros había: 1.º, los *astrónomos*, que estudiaban el cielo y los símbolos ó ídolos; 2.º, los *conjuradores*, que encantaban á

(1) Ciceron alababa la habilidad de los caldeos: «*Chaldaei cognitione astrorum solertioque ingeniorum antecellunt.*»

La ciencia de los astrónomos caldeos fué muy exagerada por los historiadores griegos, poco competentes en astronomía, y después por escritores modernos, que tenían interés en concederles un saber ilimitado. El hecho es que sus trabajos estaban limitados, aun en tiempo de Daniel, á simples redacciones de almanaques y vanas apariencias (véase Schlosser, *Hist. Univ. de la antigüedad*). Se encuentran, sin embargo, algunas descripciones verdaderas en medio del caos de su crudición.

las serpientes; 3.º, los *magos*, cuyos vaticinios alucinaban al pueblo; 4.º y último, los *profetas ó astrólogos ó embusteros*, como les llama Jeremías. La casta sacerdotal daba sus cantores sagrados, sus cenobitas, sus médicos, sus jueces y sus ministros; los sacerdotes iban siempre á la cabeza del Estado y de la sociedad.

La casta sacerdotal estaba muy expuesta á violentas reacciones, á menudo expulsada; mas siempre se mostró digna de aprecio, llegando á ser (1) omnipotente. Por más que solamente podían pertenecer á ella por derecho de nacimiento y hereditario, había sabido, sin embargo, poner estrechos límites á la aspiración pública. Rodeada de misterios, era la única depositaria de toda la ciencia, y á su capricho estaba el conservarla ó corromperla. Pero la verdad primitivamente revelada, que estaba como ahogada en las masas por los hábitos de la vida oriental, no estuvo ménos segura entre los sacerdotes caldeos.

Sin embargo, los tiempos pasan; la memoria es infiel á sí misma, y aumenta la oscuridad respecto al origen de la humanidad. En medio de los hechos políticos, revoluciones y trastornos, los antiguos recuerdos no podían ménos de sufrir grandes alteraciones. Las antiguas creencias están sobrecargadas de fábulas; religión, ciencia, historia, tres cosas que van íntimamente unidas, se encontraban en la mayor confusión. Los grandes rasgos de la vida del hombre habían sido profundamente inscritos en el mundo para que pudieran ser completamente desfigurados; la ignorancia los desconoció á su capricho, y la verdad, casi olvidada, no se presentó más que bajo una forma indecisa, quimérica, sin realidad.

Aquí es donde debemos tratar de los vestigios de las tradiciones que la casta sacerdotal había guardado con tanto esmero, envolviéndolas bajo un velo de mentira.

Aún la quedaban algunas nociones sobre la creación del mundo, sobre su organización intelectual y material; pero cuanta ménos cone-

(1) Strabon, I, 16; Berthold, trad. de Daniel; Gesenires, *Comentarios á Isaías*.



xión hay en estas nociones, más falsos son sus detalles, y cuanto más libre de fábulas se halla su fondo, más notable y digno de atención es su mérito. Preguntemos, pues, á los sabios arameos, y nos dirán «que hubo un tiempo en que todo eran *tinieblas y agua* (1); esta agua y estas tinieblas comprendían monstruos de todas clases, seres de dos cabezas, una de hombre y la otra de mujer, *hombres que tenían dos alas*, otros que tenían *cuatro* (2).»

En la antigüedad, cuando se visitaba el templo de Belo, se veía en él representados á estos extranjeros habitantes del caos. Han aparecido á la ciencia moderna, que los ha contemplado con admiración, y hoy se consideran con asombro en nuestros museos sus gigantescas masas.

Tal era el Universo cuando en él imperaba una imagen, *Omorka* ú *Ommorca*. Cierto día, un genio más poderoso, llamado *Belo*, la partió en dos, y formó con ambas partes el cielo y la tierra. De esta suerte se separaron las tinieblas; así se operó la división de los elementos; el caos se iba convirtiendo poco á poco en orden (mundo). Todos los animales extravagantes y monstruosos que antes existían, no podían soportar la luz. Belo los dió muerte. Colocó después los astros y los planetas; por último, para poblar el Universo, que estaba vacío, formó á los hombres de la cabeza de *Omorka*, «y de aquí nace que están adornados de inteligencia.» Según otra creencia, hizo aún más: ordenó á uno de los dioses inferiores le cortase la cabeza y que mezclara la sangre que corriera con tierra, y de aquí formó hombres y animales. Así fué creado, ó más bien ordenado, el mundo; se ve que no fué obra de escasos esfuerzos.

Belo fué el que organizó las cosas materiales; una vez concluida su obra, descansó, limitándose después á conservarla. Veamos ahora otra tradición, que revela al legislador intelectual; es la relación de la aparición de *Oannés*.

«El primer año,» ¿cuál era este primer año? un hombre extraordinario, ó más bien un móns-

(1) Beroso, dans Georges le Syncelle. Cf. *Dictionario de la fábula; Mitología* de Tresseu; Creuzer, *Religiones de la antigüedad; Mem. de l'Acad. des Inscrip. et belles-lettres*, t. XIII.

(2) *Le British museum et le Musée assyrien de Paris*.

truo, mitad hombre y mitad pescado, sacado del mar Erythreo, apareció cerca de Babilonia. Tenía dos cabezas, una de hombre y otra de pescado; piés de hombre y cola de pescado; la voz y la palabra eran de hombre. Este sér singular vivía siempre entre los hombres, pero no comía con ellos; los instruía en todo lo que pudiera serles útil. Les daba leyes, les enseñaba las artes, las ciencias y las letras; enseñábalas el arte de edificar casas, y por último, les hacía aprender el modo de labrar y medir las tierras. Al ponerse el sol se retiraba al mar y pasaba las noches en las aguas; tal fué su misión.

Este monstruo se llamaba *Oannés*, el extranjero; esta confesión dice mucho (1).

El extranjero salía, según dicen, del Golfo Pérsico. ¿En qué época apareció? Los sacerdotes caldeos han tenido la buena fe de confesar su ignorancia, porque esta palabra de «primer año» no es una fecha. Sea lo que quiera, en el momento en que se le vió aparecer á *Oannés*, comenzó la mezcla de supersticiones astrológicas de la Caldea con las ideas religiosas y cosmogónicas de la India y de la Persia, y los últimos vestigios de la tradición divina (2).

El sabeismo (3), religión de la Caldea, no era otra cosa que la adoración de los atributos de la divinidad, única y creadora, representados por el sol, la luna y los grandes cuerpos luminosos que giran en el espacio. No obstante su grande alteración, quedaba en pié la idea de un solo Dios creador y dueño de todas las cosas. Es indudable que el monoteísmo se corrompió con rapidez por la mezcla de otros dioses de diversas categorías. Sin duda, las triadas se habían multiplicado desenvolviéndose unas y otras. Pero permanecía el fondo de la verdadera doctrina. En el frontis del panteón

(1) Beroso había prometido esclarecer el misterio de *Oannés*; la explicación del sacerdote caldeo no nos ha llegado á nosotros, pero va implícita en el nombre de este personaje, en el que se halla la etimología griega de la palabra huevo, *ón*, que según las cosmogonías, es el cuerpo de *Omorka*.

(2) Este *Oannés* es el dios *Ileo* ó *Iloa*, que veremos más tarde en la mitología.

(3) El *sabeismo*, nombre de la religión de los astros, viene de la palabra *sabaoth*, ejército de los cielos.



caldeo, se representaba al Dios Supremo, Il ó El, el innominado, el eterno, la luz increada, Ra. Todo procede de él. ¿Quién no ve aquí la grande analogía con El ó Elohim (1) de la Biblia? ¿Quién no echará de ver que el nombre Ra pasa entre los egipcios con la misma significación de rey, de dueño y de señor (2)?

Después viene la triada superior, Ana, Bel ó Belus, Ilea ó Iloa. Ana, significa Dios en un sentido más elevado, el nombre divino por excelencia; es «el Antiguo, el Jefe original, el Señor de los espíritus y demonios, el Rey del mundo inferior, el Dueño de las tinieblas y de la muerte (3); Bel ó Enós, es el Señor.» Está identificado con Nemrod, como Bel-Nepro, es «el Supremo, el Creador, el Rey de todos los espíritus, el Señor de la tierra (4).» Ilea ó Iloa (5) es «el Dios del mar, el Dios del abismo, el Guía de la ciencia, el Pez inteligente.» Su emblema es la punta de la espina; el ángulo, base principal de la escritura cuneiforme, el elemento de toda ciencia. El es también «la Serpiente, el Dios de la vida, de la inteligencia, de la gloria, el Dios remunerador, el que ha hecho al hombre los más preciosos presentes (6).»

A cada uno de estos dioses corresponde una diosa, cuyo conjunto forma una triada femenina. Estas son Anat, la mujer de Ana; después Beltis, la mujer de Belo, la gran diosa, la Mylitta, la señora por excelencia, la madre de los dioses (7), la diosa de la tierra, de la guerra y de los combates, la reina de la fecundidad; por último, Dawkina, la mujer de Iloa, la princesa.

(1) Es el mismo que señalaba Diodoro bajo el nombre de *Ilios*, y Sanchoniathon bajo el de *Ilos*.

(2) El nombre de Ra se encuentra en Ka-Ra, título semítico de Babilonia, la Puerta del rey, Ciudad reina.

(3) Estos títulos son los que se hallan en las inscripciones. Unanse el dios Ana con el dios Ades (Pluton); dios de la triada griega, dios de las tinieblas y del mundo inferior.

(4) Es el Zeus ó Júpiter griego.

(5) Es el *Oe* de *Ilelladius*, en la Biblioteca de Vocio, ó palabra *Oannés*.

(6) Se le ve representado en los monumentos con una cabeza de pescado que le cubre la cabeza; la piel y las escamas le envuelven de pies á cabeza. Hay una mano extendida en actitud de enseñar y otra sostiene un vaso.

(7) La *Ma-Bog* de los pueblos scitas.

Encuétrase después una segunda triada doble, que consiste en Sin ó Hurki, el dios-luna; San ó Saosi, el dios-sol, el Vul, el dios de la atmósfera (1). *Estesin* (2) es el jefe, el poderoso, el dios de los espíritus, el arquitecto, el sosten de las fortificaciones, el señor de las embarcaciones; el acrecentamiento es su símbolo. San, el brillante (3), el dios del fuego, la luz del mundo, el que guía los días, el que ilumina los espacios del cielo y de la tierra, el director y motor, el guía de las expediciones favorables, el vencedor de los enemigos del rey, el que resiste la fuerza; tiene por símbolo el disco, marcado con una cruz ó adornado de rayos. En cuanto á Vul, es el príncipe del aire, el jefe bienhechor y previsor, el señor de la abundancia y de la fecundidad, el protector de los canales y del riego; tiene por símbolo el rayo inflamado, el resplandor del relámpago y del trueno en la nube (4).

Las tres esposas de estos dioses, son: ó *Ai Gula* ó *Anunit*, la señora de la vida (5), para San; *Shala* ó *Tala*, *Salambó* ó *Salambos*, para Vul; y para Sin, una desconocida que está calificada de «gran dama.»

Debajo de estas triadas figura un grupo de divinidades inferiores, que representan los cinco planetas. Hélos aquí: 1.º *Nin*, *Bar* ó *Ninips*, que tiene grande analogía con Hoá; es también un dios-pescado, un dios del mar, el patron de los acueductos. Apellidase «la luz de los dioses reinando sobre la naciones;» corresponde al planeta Saturno, y está figurado en los bajo-relieves por el hombre-toro de cuatro alas, que guarda el palacio de los reyes. 2.º *Bel-Merodach*, es el planeta Júpiter; es el «anciano» de los dioses, el juez, el que preside las puertas y la justicia; es el que sirve de base á la soberanía.

(1) Este último se llama *Yem* por M. Talbot, *As* por M. Oppert, *Élo* ó *Iva* por el doctor Mincks, Rawlinson.

(2) Su nombre guarda analogía con la palabra *Ur*, hebrea, que quiere decir *vigilante* en la acepción ordinaria, y en sentido elevado *ángel*.

(3) *Shani*, brillante en hebreo.

(4) Es el *Urano* ó el *Eter* de la mitología griega, el Zeus del aire.

(5) Su símbolo es una estrella de seis á ocho rayos.



nia (1), el guardador de los tesoros. 3.º *Nergal*, el hombre-leon alado, el gran héroe; *Nir-Gula*, el rey de las batallas, el campeón de los dioses, el guía de los asaltos, el tutor de Babilonia, es el planeta Marte. 4.º *Ishtar* ó *Nava*, que es el planeta Venus, la estrella por excelencia (2), tiene por símbolo la mujer; la diosa que goza de humanidad, la señora del cielo y de la tierra, la reina de todos los dioses, y al mismo tiempo la diosa de la caza (3); á veces, y en las muy raras imágenes de esculturas que poseen, tiene un hijo-dios sobre su seno y en sus brazos (4). 5.º *Nebo*, planeta Mercurio, es el tipo del dios de la inteligencia; se apellida «el que ve, el profeta;» él se ocupa de los negocios, tiene de su cuenta la instrucción, es el que lleva el cetro del poder; él es quien concede á los reyes la potestad real para gobernar á los pueblos (5). Su estatua, que es barbuda, juntas ambas manos en actitud reflexiva, y su traje, están llenas de inscripciones, recuerda á los yermos de la Grecia y á las columnas grabadas de Thoth en Egipto. Hacemos notar que se representa como dándose á sí mismo el ser.

Tal es el todo religioso que nos presenta el estudio de los monumentos. En su fondo, ligeramente alterado, establecióse una religión enteramente material, un culto absurdo y degradante, del cual todos, sacerdotes y pueblo, participaron igualmente.

La casta sacerdotal habia, según se cree, conservado en sus tesoros ocultos la famosa ley de Djemschid (6), de la que no sabemos más que Zoroastro tomó de ella algunos principios para

(1) Es un hermoso pensamiento haber hecho del dios de la justicia el apoyo de la soberanía. Se observará que el nombre de *Merodach*, en persa *Mordak*, diminutivo de *Mard*, el hombre, es análogo á *Mirrich*, en árabe nombre del planeta Marte.

(2) *Ishtar* ó *Staram* en zendá, como *Aster* en griego, *Star* en inglés, *Stella* en latín.

(3) Como la Venus Urania y la Venus armada de los griegos.

(4) Rawlinson presenta esta figura según Cullimore y Layard.

(5) Se ve cómo se parece al Yermos de los griegos, al mensajero de los dioses, al Thoth de los egipcios, dios de la inteligencia, al Mercurio de los latinos, dios del comercio.

(6) Schlosser; W. Jones, *Asiat researches*.

su sistema. Según ella, el gran dios, Dios, El, ó primer dios de la gran triada, Belo era quizás el dios incorpóreo, único, todo poderoso, creador supremo de las inteligencias. Pero los principales homenajes se hacían al organizador y virificador sensible de la materia, es decir, al sol, al fuego del firmamento. Al sol era al que por doquiera se le consideraba como el dios verdadero; á su presencia se prosternaban magos y pastores; á él fué consagrada la antigua Torre de Babel, como templo digno de su grandeza (1).

Parece incontestable que la casta sacerdotal sacó partido, por su poder y por sus placeres, de las supersticiones que ella enseñaba. Había establecido en el orden de la naturaleza una jerarquía, después de la cual tenía ella asignado su puesto. De la gran cadena que unía á todas las potencias del cielo y de la tierra, ella formaba el último anillo ó eslabon, es decir, el más necesario. Después del sol venían los planetas, que habían recibido la misión de gobernar al mundo. Los planetas á su vez tenían bajo sus órdenes cada una de las estrellas subalternas que se relacionaban con los hombres más sábios y más estimados de la tierra. Estos eran los sacerdotes, que estaban en relación con las divinidades secundarias, por medio de sus talismanes ó *idolos*, que representaban las diversas constelaciones; y todos estos poderes, sol, planetas, estrellas, *idolos* y sacerdotes, recibían el culto de la muchedumbre.

Esto por lo que hace á la religión; en cuanto á la moral, no se trata más que de echar una ojeada sobre el culto de *Bel-tis*, *Mylittas* (2), sobre la naturaleza, no de *Omorka* (el caos), sino sobre el culto de la naturaleza fecundizada y vivificada por el sol. Más valían aún en su falsedad los altares que la piedad de los hijos y de los pueblos erigían al mismo tiem-

(1) Este es el famoso monumento de que habla Herodoto, y que Nabucodonosor se gloria haber construido.

(2) La Mylitta de Herodoto (lib. I, 131) es la misma que Beltis; *Mul* ó *Myt* en camítico es el equivalente del Belo en semítico. *Billa* ó *Mulita*, quiere decir la Señora, como Belo quiere decir el Señor (Rawlinson, t. I, *op. cit.*).



po á los padres ó á los príncipes, nombrándolos *semi-dioses ó héroes* (1). Al ver lo que los sacerdotes caldeos habian hecho de la verdad moral y religiosa, claro está que no merece la pena que demos mucho crédito á sus conocimientos científicos. A ellos, sin embargo, se les habia confiado el depósito de los orígenes, y de este depósito se les exigía cuenta á menudo.

En aquellos tiempos, y lo mismo en los modernos, las naciones se veían obligadas instintivamente á referir su origen á la antigüedad más remota, por adquirir un título de superioridad en razon de su larga existencia. Cada país pretendía ser el centro del mundo, cada pueblo quería ser la piedra fundamental de todos los demás. A los sacerdotes era á quienes las masas suplicaban fueran en su ayuda á contentar su ambición; los sacerdotes caldeos no se mostraron ménos hábiles en inventar el pasado de sus historias, como el porvenir de sus profecías. No se necesita ser muy escéptico para dudar de su veracidad, cuando vemos los increíbles cálculos que nos refieren. Las tradiciones caldeas no cuentan por años. Dividen el tiempo en grandes *soses, neres y sares*. Los *soses*, que son los ciclos más cortos, se componían de un total de sesenta años; pero los *neres* llegaban hasta sumar seiscientos años, que multiplicados por sesenta ó por el número diez veces mayor de seiscientos, daban un total de tres mil seiscientos, y hasta de treinta y seis mil años. Para poder apreciar estas cifras en su justo valor, es necesario saber que el primer período del mundo, que habria durado ciento veinte *sares*, es decir, cuatrocientos treinta y dos mil, y hasta cuatro millones trescientos veinte mil años, se cumple con diez vidas de hombres (2).

La edad del mundo, segun los sacerdotes caldeos, aun refiriéndose á sus cálculos más moderados, ascendería lo ménos á setecientos mil años. Estos sábios astrónomos, que á la ver-

(1) Crenzer, *Relig. de l'ant.*; Poirson et Caix Precis.

(2) Bueno será saber que se han apoyado en estos cálculos para establecer sistemas filosóficos. En verdad se necesita ser un incrédulo para poder creer este extremo.

dad, inventaron la esfera convexa y que supieron trazar un meridiano, y fijar el punto culminante del sol, pero que no fueron más allá (1), dieron á conocer en la época de Alejandro el Grande, observaciones que ascienden á cuatrocientos setenta y tres mil años (2).

Todo esto jamás ha tenido la más mínima sombra de fundamento. Sin embargo, la ciencia de la casta sacerdotal no se limitaba á estos magníficos boletines; Beroso (3) ha conservado las listas reales completas y exentas de todo lunar, si hemos de dar crédito al citado autor, las cuales dan la sucesion auténtica de los reyes asirios que han vivido desde la creacion del mundo, y aun en los tiempos antediluvianos. Las listas caldeas comienzan por los nombres de diez reyes, de que debemos prescindir, lo mismo que de su longevidad (4), y quizás

(1) Schlosser, *Historia Universal de la antigüedad*.

(2) Es verdad que este número de cuatrocientos setenta mil años, que al mismo Diodoro llamó la atención, quedó reducido á mil novecientos tres cuando de ellos se ocuparon en Collistenes. Collistenes, segun Simplicio, envió este número de observaciones á su tío el filósofo de *Stagira*. Aristóteles no hace mención en ninguna de las obras que han llegado á nosotros. Sin embargo, como se han perdido varios de estos libros, uno de ellos, titulado *Astronomicon*, no sería justo deducir de este silencio que Simplicio ha adelantado un hecho sin fundamento. Cierto es que Ptolomeo, que ha debido tener conocimiento de estas tablas astronómicas, no puede hacer remontar su catálogo de eclipses á más de setecientos años antes de Jesucristo. No computa los eclipses más que por horas y medias horas, lo cual sirve á demostrar que no era una ciencia muy adelantada (M. Desdonits, *Suárez de Monlhéry*; Schlosser, *Historia Universal de la antigüedad*).

(3) Beroso, sacerdote caldeo, historiador y astrónomo citado por Plinio, Séneca, etc., etc., vivía bajo Alejandro el Grande. Era tan mal astrónomo como historiador. Bailly, no pudiendo admitir que un sacerdote caldeo hubiese podido inventar un sistema astronómico tan absurdo como el de Beroso, se resolvió á creer que existieran á la vez por aquel tiempo dos Berosos, uno bajo Alejandro y el otro mucho más antiguo. Nosotros, lejos de creer existieran, suponemos más sencillamente que los sacerdotes caldeos no tenían toda la ciencia que se les supone, y de la cual dieron muy pocas señales. Beroso, muy lejos de los sucesos que refiere, ha dejado algunos fragmentos, que se encuentran en Fabricio (*Biblioteca*) y Georges el Syncelle (*Cronografía*).

(4) Los caldeos comprendieron con frecuencia por la analogía de palabras ó identidad de etimología, los días y los años; por tanto, reduciendo los *sares*



podremos reconocer en ellos las señales tradicionales y el recuerdo muy oscuro de los primeros patriarcas, aquellos pacíficos y primeros soberanos de la tierra.

Babilonia existía, si hemos de darles crédito, desde el principio; *Alorus* fué su primer rey, que duró diez *sares*; despues vienen *Mapsar*, que vivió tres; *Amelon*, 13; *Amenon*, 12; *Metalar*, 18; *Dava*, 99 años; *Evedorah*, 18 *sares*; *Amphis*, 10; *Adarth* ú *Othiart*, 8; y por último *Ksisuthr*, 18. Total, diez reinados y 110 *sares*, más 99 años. Entre la suma de estos reinados y la duracion del primer período, hallamos una diferencia de unos diez *sares*; pero la historia no puede detenerse ante semejante objecion, tratándose de tales cálculos (1).

Bajo Ksisuthr tuvo lugar el diluvio; esta es una verdad conservada en toda su fuerza. Esta vasta catástrofe, que cubrió el globo de despojos, habia dejado muchas señales por todas partes, para ser enteramente aniquilada en los espíritus. Admira, despues de tantas falsedades, hallar una relacion que se acerque tanto á la verdad.

Chronos, dice la tradicion caldea, habiendo aparecido en sueños á Ksisuthr, le advirtió que en el décimoquinto día del mes *Doëssius* el género humano sería destruido por un diluvio. Le ordenó poner por escrito el origen, la historia

de 3600 años á 3600 días, se ve que la duracion del reinado caldeo, segun Beroso, y de la vida de los patriarcas segun Moisés, es con corta diferencia la misma. Hay diez patriarcas; diez también son los reyes antediluvianos. Ksisuthr y Noé son el mismo personaje. (*Historia Universal*, por una sociedad de escritores ingleses; Scaligero, Bailly, el mismo, *Historia de la Astronomia antigua*).

(1) Mohsen, nacido en Cachemira, autor del *Dabiston, libro de costumbres*, dice que los caldeos contaban por ciclos arbitrarios, que formaban multiplicando los números unos por otros. Estos números sagrados son 3, 6, 12, que forman sucesivamente los *soses*, los *neres* y los *sares*.

El período antediluviano se compone de un número redondo, 120 *sares*, múltiple de 12.

y el fin de todas las cosas; ocultar sus memorias bajo la tierra en la ciudad del sol, llamada *Sippara*; construir un navío, reunir todas las provisiones necesarias, y hacerlas penetrar allí con sus parientes, amigos, y una pareja de toda clase de pájaros y de cuadrúpedos. Ksisuthr ejecutó sus órdenes al punto, é hizo un navío que tenia dos estadios de largo por cinco de ancho. Apenas hubo entrado, cuando la tierra quedó anegada en agua. Dejó pasar algun tiempo; mas despues que vió que las aguas bajaban, soltó algunos pájaros, los que no encontrando alimento ni lugar donde reposar, volvieron al sitio de donde habian salido. Algunos días despues soltó otros, y volvieron con las patas enlodadas; la tercera vez que los soltó, no volvieron. Ksisuthr pensó entonces que la tierra estaba ya bastante descubierta; hizo entonces una abertura en el navío, y observando que ya estaba en reposo sobre una alta montaña, salió de él con sus hijos, su hija y el piloto. Adoró la tierra, erigió un altar y ofreció sacrificios á los dioses. Despues él, y todos los que le habian acompañado á salir fuera del navío, fueron desapareciendo. Los que quedaron dentro, viendo que no volvian, salieron en su busca, pero en vano. Dejose oír una voz para anunciarles que la piedad de Ksisuthr le habia hecho merecedor de ser ensalzado á los cielos para ocupar allí la categoría de los dioses. La misma voz les exhortó á ser religiosos y á que se trasladaran á Babilonia, despues de haber descubierta en Sippara las memorias que allí estaban depositadas. Dejose de oír la voz, y marcharon á edificar la ciudad y algunas otras en sus cercanias (1).

Hasta aquí las tradiciones caldeas; la *Biblia* es su único fundamento: volvamos á la historia del segundo imperio, el gran imperio ninivita de Asiria.

(1) *Fragm.* de Beroso, en Georges de Syncelle.